

BYRON BISEXUAL<sup>1</sup>

«Moderado lo soy –jamás fui temperamental–», escribió Byron en el canto decimoséptimo de *Don Juan*, cuyos fragmentos se llevó con él en su última expedición a Grecia en 1823:

[...] soy modesto –sin ser ingenuo–;  
flexible –aunque en cierto modo *idem semper*–;  
paciente –si bien no aficionado a resistir a cualquier precio–;  
alegre –aunque, a veces, un tanto dado al lloriqueo–;  
pacífico –pero en ocasiones también una especie de *Hercules Jurens*–,  
de tal modo que casi pienso que la misma piel  
contiene a dos o tres seres distintos.

El cuadro resulta extrañamente jactancioso y desarmadoramente autoburlesco, la valoración complaciente de sí mismo realizada por un hombre confiado en el interés que suscitaba en otras personas. Se sentía perplejo ante sí mismo, en algunas ocasiones satisfecho, en otras algo menos, y a su partida dejó su vida como «un problema, como todas las cosas» para sus futuros biógrafos, que le han retratado de un modo tan diverso a como él se retratará a sí mismo. La mayoría de estas versiones son más o menos conocidas y más o menos incompatibles entre sí: el misántropo melancólico, el defensor del pueblo, el noble arrogante, el hombre de acción, el soldado por diversión, el burlado por las mujeres, el veneno de éstas, el icono gay, el romántico, el antirromántico. Byron escribió en su propio diario: «si soy sincero conmigo mismo (pero me temo que uno se miente más a sí mismo que a cualquier otro), cada página debería refutar y literalmente abjurar de su predecesora».

Los biógrafos probablemente proceden con una intención similar, aunque sus análisis tiendan a ocultar a una u otra de las modestas «dos o tres personalidades interiores» reconocidas por el propio Byron. La nueva *Life* de Fiona MacCarthy se centra en tres rasgos específicos a los que concede un tratamiento especial: la celebridad de Byron, cuidadosamente alimen-

---

<sup>1</sup> Fiona MACCARTHY, *Byron: Life and Legend*, Londres, Jonh Murray, 2002, 674 pp.

tada por él mismo, su homosexualidad frustrada y su compromiso político. Los dos últimos resultan posiblemente algo más controvertidos. Las convicciones políticas de Byron han sido frecuentemente desestimadas por considerarse poco reales y sinceras; en otras ocasiones, por el contrario, han sido aclamadas como heroicas y revolucionarias. Su sexualidad ha sido objeto de creciente escrutinio desde que las leyes de censura británicas se relajaran en la década de 1960. El análisis de MacCarthy resulta adecuado en términos generales, a pesar de los esfuerzos de la autora por desestimar las pasiones heterosexuales de Byron, esfuerzos que en ocasiones operan en detrimento de su biografía; el análisis que ofrece sobre la sexualidad del poeta está vinculado curiosamente con sus inclinaciones políticas; lo cual hace que el efecto de conjunto resulte sorprendente.

George Gordon Byron nació en Londres en 1788; su madre, Catherine Gordon, era una joven heredera escocesa que tenía más dinero que buen sentido; su padre, *Mad Jack* Byron, un atractivo capitán embarcado en su segundo matrimonio, carecía de ambos. Byron, un rollizo niño escocés sorprendentemente normal, creció en Aberdeen, donde vivió hasta los diez años, momento en el que murió su tío abuelo William, el quinto lord Byron, dejando el título a George. Tras la muerte de su tío, se mudó junto a su madre a la hacienda de la familia en Newstead, cerca de Nottingham, y poco a poco comenzó su ascensión en el mundo: asistió a Harrow a los trece años y a Cambridge a los diecisiete; viajó por el continente durante dos años con su amigo Hobhouse en 1809, volvió solo, pronunció su primer discurso en la Cámara de los Lores, publicó un libro, *Las peregrinaciones de Childe Harold*, sobre este viaje y se hizo célebre; fue aclamado y a menudo amado; inició un amorío con Augusta Leigh, su hermanastra, nacida de un matrimonio anterior de su padre; se casó, en parte para evitar el escándalo, en 1815; se separó un año más tarde; después de lo cual, agobiado por los acreedores y los rumores de incesto y sodomía, tomó rumbo al continente de nuevo, donde moriría, de forma notable, luchando a favor de la independencia griega a la edad de treinta y seis años.

De acuerdo con MacCarthy, el «bonapartismo de Byron, su implicación activa en los acontecimientos políticos de su propio tiempo», fue lo que le distinguió de un modo más claro del resto de los poetas románticos ingleses contemporáneos. Esta aseveración exige un buen número de precisiones. Los *lakers*<sup>2</sup> comenzaron sus carreras como revolucionarios y utópicos, a pesar de que en la última fase de sus vidas se retiraran en mayor

---

<sup>2</sup> Los *lakers*, tal y como los denominó el crítico conservador Francis Jeffrey a principios de siglo por vivir en la zona del Lake District, eran un grupo de poetas entre los que se encontraba Southey, Wordsworth y Coleridge. En su estimación de los «nuevos poetas», Jeffrey les acusa de constituir una secta herética animada por los excesos de la Revolución Francesa y de albergar «un espléndido y enfermizo descontento con las instituciones existentes en nuestra sociedad parece hallarse en el núcleo de todos sus sentimientos serios y peculiares», concluyendo que «la ambición del Sr. Southey y sus socios no es de la clase que se pueda regu-

o menor medida a sus *lakes* (lo que, en sentido metafórico, quiere decir: acuoso, sin cura u opioide). Wordsworth nunca publicó su proclama política más fuerte, la *Carta al arzobispo de Llandaff*, la cual habría «refutado y abjurado» en múltiples ocasiones antes de su muerte; en realidad, acabó por desempeñar un cargo en la política local, haciendo campaña por los *tories* en Westmorland. Shelley ha sido considerado habitualmente como el más radical de todos los románticos ingleses. Fue expulsado de Oxford por sus ideas sobre el ateísmo; habló en Dublín sobre el conflicto irlandés; escribió pasquines acerca de temas que iban desde el vegetarianismo hasta los derechos humanos, y escribió una serie de textos políticos y poéticos que con el tiempo llegarían a convertirse en clásicos revolucionarios, que van desde *Una concepción filosófica de la reforma* hasta el entusiasta «Canto a los hombres de Inglaterra». Sin embargo, la mayoría de ellos permanecieron inéditos durante su vida, en parte debido a su falta de voluntad a la hora de abandonar Italia por Inglaterra, donde posiblemente se habría enfrentado a la cárcel acusado de sedición.

El planteamiento de MacCarthy requiere que el «compromiso político activo» de Byron perteneciera a una clase de protesta diferente, a pesar de que el trasfondo del mismo resulte un tanto escamoteado en el análisis de la autora. Siendo niño había leído historias acerca de la «mayoría de los países europeos», también sobre Roma y la antigua Grecia; en tiempos de la batalla de Trafalgar, tenía un busto de Napoleón en su habitación en Harrow. No obstante, parece que fue el periodo que pasó en España, adonde viajó junto a Hobbhouse durante la insurgencia que dio lugar a la Guerra de Independencia, lo que conformó la visión antiimperial de Byron y su simpatía hacia la independencia nacional. Esto constituyó una parte importante de su educación que, más tarde en su viaje, se dedicó a relatar en el primer canto de *Las peregrinaciones de Childe Harold*, denunciado por la *Antijacobin Review* por emplear «el lenguaje más tempestuoso de la democracia en su expresión más salvaje». La rebelión española hizo aflorar su ambivalencia con respecto a sus visiones sobre Bonaparte:

---

lar y manejar fácilmente, sino de un carácter insdisciplinado y revolucionario que observa con ojos celosos y desdeñosos a la vieja aristocracia del mundo literario». Junto a la más tarde denominada escuela de los *lakers*, la crítica acuñó otros apelativos despectivos para referirse a los románticos; los *Cockney*, entre los que estaban Hazlitt, Hunt y Keats, eran el grupo de Londres y los *satánicos*, entre los que se contaba a Shelley y a Byron, eran caracterizados como hombres «de corazón enfermo e imaginación depravada». Las distintas denominaciones que unos y otros emplearon para insultarse mutuamente estuvieron en todo momento atravesadas por la ubicación, la clase, el género y, en general, la política. Encontramos así entre ellos a liberales, conservadores y radicales: Byron y Shelley, aristócratas autoexilados en Italia; Wordsworth, Coleridge y Southey, partidarios de la domesticidad desde los lagos; Keats, Hazlitt y Hunt, un aprendiz de cirujano y otros periodistas, todos ellos pertenecientes a una precaria clase media londinense. Entre las mujeres encontramos a novelistas, poetas y ensayistas: a las «medias azules» y a las seguidoras de Wollstonecraft, a moralizadoras y rebeldes. La denominación «escuela romántica» no fue un producto de esta época sino que se acuñó más tarde por parte de historiadores de la literatura animados por sus propias motivaciones y nostalgia victorianas [N. de la T.].

¿Pueden los déspotas abarcar todo lo que su poder saluda?  
 ¿O reclamar un palmo de tierra como suyo,  
 más allá del que finalmente ocuparán sus huesos desparramados?

No obstante, a diferencia de Shelley, se sentía más inclinado a hablar de los individuos, déspotas o libertadores que de abstracciones tales como el sufragio o los derechos humanos: «¡Ser el primer hombre –no el Dictador– no el Sula, sino el Washington o el Aristides –el líder en talento y verdad– es estar próximo a la Divinidad!».

Byron había pensado en una ocasión, y su maestro en Harrow le había creído, que él sobresaldría más como orador que como poeta. Su discurso inaugural en la Cámara de los Lores en 1812, poco después de su retorno de España, fue un alegato un tanto apocalíptico a favor de los tejedores de medias en su batalla contra de la legislación que convertiría su táctica de romper los telares en un delito capital:

¿Cómo van a ejecutar esta ley? ¿Pueden condenar a un país entero a sus propias prisiones? ¿Erigirán una horca en cada uno de los campos para colgar a los hombres como si fueran espantapájaros? O procederán (como tendrían que hacerlo para llevar a cabo esta medida) diezmando, proclamando el estado de sitio, despoblando y devastando todo en torno suyo, y devolviendo el bosque de Sherwood como un regalo aceptable a la corona por su antigua condición de coto de caza real y refugio para los que están fuera de la ley?

Estos fragmentos ofrecen a los biógrafos una selección de posibilidades interpretativas diversas. Generalmente, MacCarthy se inclina hacia el planteamiento de lord Holland, según el cual los propósitos de Byron en el Parlamento eran sólidos aunque un tanto furibundos: «Su discurso estaba repleto de fantasías, era ingenioso y de denuncia, sin embargo, no estaba exento de afectación; ni respondía a una buena argumentación ni se ajustaba en absoluto a nuestras nociones comunes de elocuencia parlamentaria». El propio Byron testificó en aquel momento: «Hablo con oraciones muy violentas que desprenden una suerte de modesta impudicia, abusando de todo y de todos y poniendo al lord canciller de muy mal humor» (esta observación recuerda curiosamente al relato de Shelley sobre su propia extravagancia revolucionaria juvenil en *La reina Mag*, donde versificó «en contra de Jesucristo y Dios Padre y el rey y el obispo y el matrimonio, y sólo el demonio sabe contra qué más»). Sin embargo, pronto se hartó bastante de estas «payasadas»: «mis planes parlamentarios no son muy de mi gusto; hablé en dos ocasiones durante la última sesión y me dijeron que no estuvo mal; sin embargo, odio todo esto y no tengo intención de “pavonearme durante una hora más” en el escenario».

Evidentemente, Byron poseía la clase de orgullo que le podría haber espoleado a caer en varias contradicciones antes de que confesara haber fracasado. Dejando esto a un lado, *Las peregrinaciones de Childe Harold*

vio la luz una semana después de su discurso inaugural; Byron descubrió que su papel como poeta era bastante mejor que el de orador. Carecía del sentimiento de partido y del aprecio hacia la consistencia teórica del que disfrutaba su amigo Hobhouse, cuya carrera en la Cámara de los Comunes fue bastante más lejos que la de su compañero, más inteligente, en la de los Loes. En general, Byron tenía una tendencia hacia la inconsistencia: «cuando un hombre habla acerca del sistema, su caso está perdido». Era muy consciente de las contradicciones a las que su perversidad natural podría conducirle. En 1814 declaró:

He simplificado mi perspectiva política hasta detestar absolutamente a todos los gobiernos existentes; y en la medida en que se trata del sentimiento más breve, aceptable y sumario imaginable, el advenimiento de una república universal me convertiría en defensor de un despotismo único e indiscutible. Lo cierto es que la riqueza es el poder, y que la pobreza es esclavitud por todo lo ancho de la tierra, y que un sistema no es ni mejor ni peor que otro para un pueblo.

En 1816, los rumores –incesto y sodomía– que acompañaron a su separación de Augusta le persuadieron de que debía huir del país. En Italia, y después en Grecia, descubrió, hasta cierto punto, una forma más positiva de la política, y sus acciones, como siempre, contradijeron su propia «simplificación». En parte, se sintió estimulado por su propia inclinación personal a favor de los oprimidos; sin embargo, su compromiso traslucía al menos un conflicto de fe con respecto a la identidad nacional y cultural; la clase de «sistema» del que sospechara en otro lugar. MacCarthy describe a través de detalles animados aunque locales su implicación cotidiana con la sociedad revolucionaria clandestina de «los *carbonari*» en Rávena –cuyas riñas internas frustraron progresivamente a Byron, a pesar de que sus *confrères* napolitanos lograron al menos arrancar la promesa de una constitución al rey Ferdinando en 1820– y con las enfrentadas facciones rebeldes independentistas griegas. MacCarthy enfatiza la paciencia de Byron en lugar de su *hercules furens* e insiste por encima de todo en lo que Disraeli llamó su «fuerte y perspicaz sentido común, su sagacidad pura e inalterable», especialmente en lo que la autora caracteriza como su noble, más fatal que fútil, intervención en la causa griega. Jugó su parte, principalmente como negociador, con gran aplomo y humildad práctica: «si mi presencia puede realmente ser de alguna ayuda para alcanzar una reconciliación entre dos o más partes, me siento dispuesto a ir a cualquier sitio, ya sea como mediador o, si fuera necesario, como rehén». MacCarthy describe la vestimenta marcial que se permitió el lujo de llevar en su entrada griega, «un abrigo escarlata con galones de oro», aludiendo más a su inteligencia que a su estupidez: «Su aparición no se redujo a una mera representación teatral magnificente, a pesar de que a Byron le resultara realmente divertida su transformación en *deus ex machina*: aspiraba a establecer una importante conexión en la mente del público entre su persona y la gloria militar». Se trata de uno de los momentos en los que la biógrafa tiene la oportunidad de elegir a su propio Byron: su elección de «divertir» en lugar

de halagar, por ejemplo, pone de manifiesto su determinación en no convertirle en una figura frívola.

El temperamento de Byron le permitía ser más liberal en sus relaciones que el remilgado republicano Shelley, al que Marx había caracterizado como «el auténtico revolucionario de esta célebre pareja». Fue Shelley el que se había quejado de que:

las mujeres italianas son quizá las más despreciables que existen bajo la luna; las más ignorantes, las más desagradables, las más intolerantes, las más sucias. Hasta las condesas huelen a ajo hasta un extremo tal que hace imposible que cualquier inglés se aproxime a ellas. Ahora bien, lord Byron está familiarizado con esta clase de mujeres de la más baja ralea, la clase de gente que su gondolero recoge en las calles.

La orientación sexual de Byron es el segundo aspecto sobre su «vida y leyenda» destacado por MacCarthy. La excitación erótica puede constituir un medio a través del cual generar curiosidad en un sentido más general, y Byron manifestó que su amplia experiencia en ese campo le había permitido escribir su obra maestra. En una carta escrita desde Venecia y dirigida a su amigo y representante Doug Kinnaird le pregunta:

Y en lo que se refiere a *Don Juan*, confiesa, confiesa, perro, y sé cándido, que se trata de un caso sublime de *esa* clase de escritura, puede que sea algo obscena pero ¿acaso no se trata de buen inglés? Puede que sea libertina, pero ¿acaso no es así la *vida*? ¿No es *eso* de lo que se trata? ¿Podría haberla escrito un hombre que no hubiera vivido en este mundo?, ¿que no hubiera maniobrado en una calesa?, ¿en un carruaje de pago?, ¿en una góndola?, ¿contra un muro?, ¿en una cochera?, ¿en un vis a vis?, ¿en una mesa?, ¿o debajo de ella?

MacCarthy está en lo cierto cuando enfatiza de este modo la sexualidad de Byron. Es importante; Byron le concede importancia. La experiencia de la promiscuidad fue lo que le distinguía de Wordsworth y Keats, a los que acusó de «una especie de masturbación mental —él siempre está *f-g-g-g* en su *Imagination*—». MacCarthy desea contradecir la idea de Doris Langley Moore de que «los líos amorosos de Byron con las mujeres eran lo fundamental, siendo sus relaciones con jóvenes varones una simple diversión»; ella piensa lo contrario. Sin embargo, la lista de *Don Juan* tiene más resonancias heterosexuales que gays, concebida, tal y como está, para el sector mayoritario en el mundo social; carruajes, góndolas, en las que las mujeres de modo célebre se arrojan en sus brazos. A pesar de sus buenas intenciones, MacCarthy no logra encontrar evidencias reales de la homosexualidad activa de Byron durante su estancia en Venecia más allá del hecho de que Tita, su fiel sirviente, hubiera podido «ponerse en venta» sexualmente para el amigo gay de Byron, William Bankes, y que el propio Byron se refiriera a Venecia como «el mar-Sodoma».

Existen motivos para suponer que Byron habría censurado su propia lista. Douglas Kinnaird no fue uno de los amigos «metodistas» de Byron, palabra del argot empleada por la camarilla de Cambridge para referirse a homosexual. Y Byron había escrito desde Venecia, no desde Grecia o Turquía. MacCarthy afirma que las cartas de Byron durante este periodo estaba especialmente diseñadas para mitigar el temor de sus amigos a sus tendencias homosexuales: «Existe algo sospechosamente persistente en las narraciones bravuconas de Byron sobre sus encuentros amorosos con mujeres en las cartas que escribió a Inglaterra que, en efecto, eran boletines públicos». Sin embargo, esta explicación podría interpretarse en ambos sentidos. Al marcharse de Inglaterra en 1816, podría haber satisfecho sus deseos homosexuales «reprimidos» de un modo tan libre como lo hizo durante su primer viaje por Europa en 1809, algo que llegó a disgustar de forma ocasional a Hobhouse, ocasionándole una constante ansiedad. A pesar de todo, se quedó en Venecia, entreteniéndose con mujeres campesinas italianas, antes de enamorarse de Teresa Guiccioli, una monja italiana de buena familia, cuyos afectos le ocuparon más o menos hasta el final de su vida, hasta el advenimiento de su pasión no correspondida por el joven griego Lukas Chalandritsanos, la fuente de inspiración de sus hermosos últimos versos.

MacCarthy no es la primera biógrafa que advierte el interés de Byron por los jóvenes y los hombres maduros; la autora menciona la influencia que tuvieron, en este sentido, la obra de Langley y el análisis de Crompton en *Byron and Greek Love*, publicado en 1985. Harold Bloom definió a Byron como «básicamente homosexual» en su antología *Poesía y prosa romántica* en 1973; sin embargo, Crompton explica que «sería una exageración situarse en el otro extremo». MacCarthy sostiene que el propio Leslie Marchand, el gran biógrafo de Byron, al que agradece los ánimos que le dio antes de su muerte, habría dado cuenta de la homosexualidad de Byron de un modo más abierto si las leyes de su tiempo se lo hubieran permitido. No obstante, un examen más detenido de su última obra, *Portrait*, una versión condensada de su biografía, escrita en 1957, en tres volúmenes, actualizada por posteriores descubrimientos y adaptada a los cambios en la legislación, pone de manifiesto que Byron había mantenido su ardor heterosexual: Marchand ha incorporado, en lugar de modificado, este elemento a su primer análisis. La obra de Crompton simplemente defiende que Byron era bisexual: «Los impulsos heterosexuales de Byron eran tan absolutamente reales como los homosexuales y si consideramos la totalidad de su vida resultaban más persistentes y significativos aunque (aparte del incesto con su hermana) menos dramáticamente amenazadores».

Los insistentes calificativos de MacCarthy rebajan la importancia de las pasiones heterosexuales de Byron: en lo que se refiere a las mujeres, lo que le atraía tan sólo era el disfraz de un paje, por ejemplo; en cualquier caso, su interés se desvanecía al cabo de una semana o tres meses o tres años. Aun así, la gran fascinación que ejerce la obra de Byron reside en

lo borrascoso de todas y cada una de sus pasiones; sería una pena acabar con cualquiera de ellas. ¿No deberíamos tomarle tal y como él mismo se mostró, tan inconsistente en lo que se refiere a su sexualidad como lo era en el resto de las cosas? MacCarthy casi se aproxima a esta visión cuando cita la respuesta que Byron ofreció a uno de sus críticos, Fancis Palgrave, frente a la acusación de que el estilo de *Don Juan* era irregular, repleto de bandazos que oscilan entre un estilo grave y otro de una tosiedad cómica:

¿Es que nunca jugó al críquet o dio un paseo de una milla en un día caluroso? ¿Es que nunca se derramó un plato de té sobre los testículos al pasar una taza a su amante echando a perder sus bombachos de seda? [...] ¿Es que nunca se inyectó a causa de una gonorrea? ¿O se ha orinado a causa de su uretra ulcerosa? ¿Es que nunca ha estado en un baño turco, ese paraíso de mármol donde reina el sorbete y la sodomía?

La pregunta va dirigida evidentemente tanto a palurdos heterosexuales como homosexuales. MacCarthy lo resume del siguiente modo: «un hombre que no pudiera ser quemado y seguidamente empapado, y que no viera sentido alguno en semejantes experiencias extremas, estaría desaprovechando la vida».

Sin embargo, en un sentido muy importante, el énfasis que MacCarthy da a esta cuestión devuelve cierta dignidad a Byron, castigado intensamente a manos de escritores «maternales» tales como Phyllis Grosskurth (el subtítulo de su reciente contribución sobre Byron es *The Flawed Angel [El ángel quebrado]*; los subtítulos son una clara indicación del tono que impera en sus biografías; frente a ellas, *Life and Legend* de MacCarthy resulta de una respetable sobriedad). Estos autores a menudo tratan a Byron como a un loco impulsivo que nunca conoció su propia mente. Lo cierto es que la conocía demasiado bien, y era consciente de todas sus contradicciones. Sus cartas y diarios proporcionan un retrato sutil y cambiante sin caer en el autoengaño. Al interpretar su inconstancia sexual como un efecto de deseos homosexuales frustrados, MacCarthy nos ha presentado a un hombre capaz y autoconsciente luchando en contra de una sociedad represiva, en lugar de a un alocado que se limita a complacerse a sí mismo a costa de los demás. (Entre 1800 y 1830, en torno a sesenta hombres, incluyendo a muchos de posiciones elevadas, fueron ejecutados por sodomía en Inglaterra.) Su miserable año de matrimonio, de 1815 a 1816, ilustra este punto. No cabe ninguna duda de que Byron era cruel, su hermanastra Augusta culpable y su esposa, Annabella Milbanke, objeto de engaño. Sin embargo, el retrato que MacCarthy hace de los deseos incestuosos y homosexuales de Byron, el miedo que todo esto despertó en sus confidentes —que, tal y como ella expone, motivó que consejeros tales como lady Melbourne le animaran a casarse con su virtuosa prima sin dilación— y la utilización política del conocimiento sobre su pasado ilegal que hizo la familia de su esposa durante la separación nos permiten comprender por qué las cosas se torcieron de semejante modo sin



que ninguno de los actores de este drama fuera incorregiblemente vicioso o estúpido.

A pesar de todo, existe algo permanentemente desdichado en su imagen de Byron. Si MacCarthy está en lo cierto y las relaciones homosexuales de Byron eran el centro de su vida emocional, los líos amorosos se agotaron para él después de su regreso del promiscuo viaje que realizó por el Mediterráneo oriental en 1812 y de que supiera que John Edleston, el corista colegial al que había adorado (castamente o no) en Cambridge, había muerto. Los siguientes doce años, en los que tuvo diversas aventuras amorosas prolongadas –con su hermana, con lady Oxford, con Teresa Guiccioli–, de repente se nos presentan como estériles, y su pasión no correspondida por el adolescente Lukas Chalandritsanos parece verdaderamente desesperada. Sin embargo, tal y como observa Marchand, Byron pidió en una ocasión a Thomas Moore

que asegurara [al crítico] Francis Jeffrey, que le conocía únicamente a través de su poesía, «que yo no era, y realmente, aún ahora no soy, el caballero misántropo y melancólico por el que él me ha tomado, sino un compañero irónico, agradable para todos aquellos con los que intimo, y tan locuaz y risueño como si fuera un tipo mucho más listo de lo que en realidad soy».

En aquel momento Byron residía en Venecia, bien protegido por una sucesión de mujeres apasionadas que le admiraban. Sus poderes para la empatía, fácilmente encantados y encantadores, sugieren que su apetito amplio y sexualizado por la vida humana era una de sus grandes virtudes. Douglas Dunn señala, en su selección de poemas de Byron, que «sus intereses estaban dirigidos a ambos sexos, con una gran capacidad tanto para la devoción, la ternura y la crueldad como para una elevada entrega a la amistad, estas cualidades humanas, virtudes a pesar del carácter, se hallan en los poemas de Byron». La biografía de MacCarthy retrata sus activos buenos y malos de un modo justo: su generosidad enorme e impulsiva, su rencor y avaricia, su capacidad para lanzar y recibir insultos, para contraer enemigos y hacer las paces. Su capacidad para el amor, tanto para ofrecerlo como para recibirlo, era enorme. Su bisexualidad parece ser consistente con una escisión más amplia en su naturaleza.

La irrupción de Byron en la imaginación de la Joven Europa entre 1825 y 1848 aparentemente debe tanto a su muerte en Missolonghi como a su obra. En 1826, el artista belga Joseph-Denis Odevaere, que se había educado con Jacques-Louis David en París, pintó un retrato neoclásico espectacular de *La muerte de Byron*. MacCarthy declara que «la imagen de su cuerpo agitó la conciencia del mundo occidental» de un modo que no volvió a repetirse hasta la muerte de Che Guevara. Mazzini aclamó su muerte como «la sagrada alianza de la poesía con la causa de los pueblos; la unión –todavía poco común– del pensamiento y la acción que por sí misma completa el *logos* humano». En Francia, Hugo, Vigny y Lamartine inmediata-

mente le dedicaron poemas autoidentificatorios, Lamartine con la publicación de su continuación de *Las peregrinaciones de Childe Harold* en 1825. (El propio Byron había comentado de «L'Hommage á Lord Byron» de 1820 de Lamartine: «Me llama “Esprit mystérieux, mortel, ange ou démon”, lo que en mi opinión resulta muy poco civilizado para un hombre francés bien educado».) Heine tradujo parte de *Manfred*, y Mickiewicz *El Giaour*. Pushkin, exilado en Mijailovskoe, ordenó al cura de esta población celebrar una misa en honor a «el súbdito de Dios, el *boyar* Georgii»; su amigo decembrista Kondarii Ryleev llevó un volumen de los poemas de Byron al cadalso.

De hecho, el mito –y la personalidad que se esconde tras él– se ha interpuesto en el camino de las valoraciones críticas de Byron desde el momento en el que los críticos atacaran su primera obra, *Horas de ocio*, en 1807, burlándose de la nobleza del autor. Mathew Arnold le alabó de un modo similar, sacando al poeta del poema: «Hablamos de la personalidad de Byron, una personalidad como no ha habido otra hasta la fecha y como es posible que no haya otra en el futuro, y afirmamos que gracias a esta personalidad Byron es “diferente al resto de los poetas ingleses, y, en general, mejor que ellos”». Pushkin se quejó, casi admirándole, de que el único sujeto al que reconocía fuera él mismo. Su poesía es mayoritariamente autobiográfica, cierto; sin embargo, Byron llevó una vida de viajero y se enorgullecó de su compromiso con el mundo, distinguiéndose de otros románticos de su tiempo precisamente en este punto. Él habría refutado apasionadamente la valoración de Pushkin. *Don Juan* y *Las peregrinaciones de Childe Harold* son también relatos sobre Europa y Oriente Próximo a principios del siglo XIX, y son tanto reportajes políticos y de viajes como el retrato de una vida; y Wordsworth jamás habría captado la variedad de acentos, que van desde una reina rusa hasta un chaval *cockney*, que Byron ofrece en su versión de *Don Juan*. Lo cierto es que su «riña de amantes» con el mundo constaba de dos partes extraordinariamente iguales, y que gracias a la celebridad de Byron el alcance de su curiosidad por los demás igualó a la curiosidad que los demás sintieron por él. Para comprender su obra es necesario recurrir tanto a su mundo como a sus versos; ambos sostienen el espejo en el que se reflejan mutuamente. Desde Eliot, la poesía ha sido alabada por su desapego con respecto al mundo y por su atemporalidad, lo cual no significa que los relatos deapegados y atemporales sean más verdaderos que los íntimos y temporales. También MacCarthy se siente más atraída por la vida que por la literatura; sin embargo, su énfasis en el «fuerte y sagaz sentido común» de Byron y en su conocimiento del mundo tienen el efecto de reunirle con las virtudes de su obra.